

Un hombre inteligente

En todas aquellas partes en que se acumula gente y el espacio no es suficiente para todos, el observador puede recoger sabrosas o tristes experiencias, sobre todo en épocas de muchedumbre y de calor. Una de esas partes es el tren. Un amigo me dice:

--Tenía que ir a Valparaíso; mejor dicho, a Viña; mejor dicho, al Casino. Desde que existe el Casino uno no va al Puerto o a Viña a lo que iba antes: a bañarse, a mirar el mar, a pasear, en fin; no: ahora se va al Casino, a jugar. El Casino se ha tragado el paisaje, el viento marino, el mar, las rocas, los barcos, todo. Bueno, como ~~yo~~ soy inteligente, me dije: mientras más temprano me vaya, mejor asiento tomaré. En consecuencia, me fuí a la estación una hora antes; sólo quedaban asientos, y muy pocos, en el tren auxiliar que saldría momentos antes que el expreso. Tuve que luchar a brazo partido para reservarle un asiento a mi mujer. ¿Para qué le cuento lo que ocurrió en ese tren? Una partida de "catchers" no lo habría hecho mejor; y las peores fueron las mujeres. ¡Mi madre! Nunca había tenido miedo a las mujeres, pero desde entonces, querido amigo, considero a la mujer-pasajero como de una especie diferente y no discutiré con ella así tenga que ir de pie hasta el infierno.

--Tienen que defender la cría.

--Con cría o sin ella, fueron iguales. Los hombres, menos mal, se dicen tres o cuatro palabrotas y si no se van a las manos el asunto termina, pero las mujeres hablan, compañero, y gritan, compañero, y le dicen a uno palabras y frases para las cuales un hombre decente no tiene respuesta adecuada.

--Y eso que usted es inteligente.

--Lo soy, y a la vuelta dí pruebas de ello: me fuí al tren dos horas antes y al Puerto: ya estaban llenos los dos trenes. Apenas si quedaban asientos. Me ví separado de mi mujer por dos o tres vagones; pero, observando que en cuatro asientos sólo iban tres personas, me acerqué a la se-

ñora que comandaba el lote y con mi más gentil sonrisa y con mi voz más melíflua -- una voz que uso sólo en determinados casos -- le pregunté si el cuarto asiento estaba disponible: "No; es para la empleada", me contestó, con esa voz que las personas usan cuando algún desconocido les pide dinero prestado. ¡Para la empleada! Llegamos a Mapocho y la empleada no apareció.

--¿Y por qué no llamó usted al conductor o al asistente e hizo que la señora mostrase el boleto correspondiente a la empleada?

--Porque, desgraciadamente, mi póliza de seguro/había vencido el día anterior.

~~Manuel Rojas~~

1945

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©